

el PuPitro

VIAJEROS

2003-2005: el bienio de los cambios



EL PUPITRE

2003-2005: EL BIENIO DE LOS CAMBIOS

Fernando R. Ortega

© 2006. Fernando R. Ortega
Todos los derechos reservados.

© Portada diseño Íttakus (www.ittakus.com)



Edición cortesía de www.publicatuslibros.com quedando rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de la presente obra sin expresa autorización de su autor.



A Jesús y Luis; siempre confiaron en mi

ÍNDICE

Prólogo por Jesús Gómez Llorente: “Fernando R. Ortega en Internet”	5
Nota de autor.....	6
MI ULTIMO VIAJE EN TREN.....	7
EL PARAGUAS ROJO.....	9
LA FELICIDAD.....	11
QUERIDO MAESTRO.....	13
TENER CRITERIO.....	15
MARZO.....	17
ANTIAMERICANISMO.....	19
PUEBLO DE PUEBLOS.....	21
HISTORIAS DE BARES.....	24
LA MARIPANDI.....	26
Apunte biobibliográfico.....	28

PRÓLOGO: “Fernando R. Ortega en Internet”

Ya podemos ver a Fernando R. Ortega por www de Internet. Bueno, casi verle, porque es leer su pensamiento, sus pupitres como él los llama que no son si no ideas selectas y elegantes sobre cualquier tema.

Fernando ¿qué eres? No sé lo que dirías, cómo té autocalificarías, pero yo después de leer puntual y ansiosamente tus pupitres, diría que eres un díscolo escritor, poeta y romántico moderno que sabes descubrir lo más bello de la vida y emplear las palabras tan seleccionadas y ajustadas que haces sentir a quien te lee, lo mismo que tú cuando nos envías esas líneas, reír casi llorar, pensar, meditar, sonreír con nostalgia y disfrutar, al fin, de cuanto nos rodea.

Gracias Fernando por darnos el regalo de leerte ahora en todo momento a través de Internet.

Amigo lector de Viajeros, sí aún no lo has hecho, conéctate a www.publicatuslibros.com y disfruta leyendo, a veces descifrando, pero siempre interesado en las líneas de Fernando. Sus temas son siempre una sorpresa, un comentario agudo, una socarrona idea, un decir que no dice, un conocer a fondo, un saber descubrir nuevas sensaciones pero todo con aire moderno, de joven que avasalla, que domina, que profundiza y que, con sinceridad, dicta sus sentencias.

Léelo, amigo lector, pásalo a tus “favoritos” del ordenador y disfruta, disfruta leyendo a ese Fernando R. Ortega que es muy difícil de imitar ya es que es enormemente original.

Jesús Gómez Llorente

Editor y fundador de Editec

www.editec.es

www.revistaviajeros.com

www.transporte3.com

NOTA DEL AUTOR

Ahora que me enfrento a una recopilación de mis colaboraciones en la revista Viajeros (www.revistaviajeros.com), he tenido que ir revisando los textos. Éstos no se corresponden literalmente con los publicados porque, con el paso de los meses, también el autor va madurando y cambiando su estilo de escribir.

Quizá por eso, algunas frases, para mejorarlas, han sido revisadas. Pero el espíritu de cada “pupitre” sigue invariable.

Al final de cada colaboración, siempre he introducido un poema para ilustrarlo que, en todos los casos, está relacionado con el tema central del texto.

Aquí tampoco he seguido la cronología de sus publicaciones y he escogido un orden un tanto caprichoso y buscando algo más de continuidad en la temática: intimista, política, cínica, etc.

Agradezco la lectura de esta sección a todos los lectores de la revista “Viajeros” y a quien ahora, a través de la Red, lo haga en este e-formato compilatorio.

El autor

75 MI ULTIMO VIAJE EN TREN

Cuando cogí el tren esa mañana, hacia a Andalucía, supe que el destino ponía en mi camino un último viaje, ligero de equipaje. Sabía que, al final del trayecto, encontraría la desgracia de ver a un buen hombre que estaba acabando de consumir sus últimos sorbos de vida. Recordé por el camino que, siendo niño, me topé con este hombre bueno que puso en mi alma, carbón de luchador y, supo impregnar mi corazón con destellos de bondad, que hasta su lecho, ahora he de recordar.

Conseguí dar mis primeras pedaladas con la Orbea, de frenos de varilla y manillar cromado que él me compró; me sumergía en las montañas de garbanzos que se apilaban en su almacén; veía cómo se negociaban esos sacos llenos y aprendí a pesar las muestras en una báscula tan pequeña como un monedero. Monedero del que nunca se desprendió; jamás llevó cartera o billetera. Paseaba con él por los olivares y los campos de trigo; pude aprender lo que era un celemín y una arroba. Con su Peugeot 404, descubría que detrás de aquella montaña estaba Peal de Becerro, esperando su llegada como un general. Hombre de bien, hombre de negocios, hombre altivo y siempre generoso. Generoso con su nieto, al que nunca escatimó enseñar la verdad, a luchar y a ser más.

Mi afición al ciclismo él la hizo realidad, con esa BH de “carreras” que en el pueblo fue una novedad. Entre aceite y buen vino me llevó a “ligar” y con sus viejos amigos, a los que la vida ya les había enseñado todo, compartí, vino, tortas de cañamones, atún, tomate picado, mesa y mantel. Tertulias de viejos sabios, que enseñaban lo dura que había sido su vida, pero sus ojos estaban tan llenos de bondad, que sólo sabían explicar cómo no debía hacerse el mal.

Con él aprendí a ser hombre; mi niñez me dejé, escuchando sus alientos, cuando mi carrera universitaria empecé. Antes siempre compartía paseos por Jaén, arriba y abajo, siempre comentándome lo que debía hacer para llegar a ser un hombre de bien.

Hombre enseñante, hombre paseante. Sus largos paseos, los acompañaba al final del trayecto con un chato de vino. Ese vino que, al final, no te pudo alargar la vida ni un segundo más. Cuando terminé mi carrera universitaria, que tanto te gustaba, celebramos el final con un maravilloso viaje a Pamplona, donde nos agasajaste con tu presencia y saber.

Abuelo, ahora estoy huérfano de sentir y de pensar; ahora que sé, que no volveré a verte jamás.

Me regalaste mi “*montblanc*”, con la que todavía hoy escribo y siempre la llevo en el bolsillo de mi chaqueta, junto al corazón, para que sienta que estás ahí, todavía. Ya de abogado, fuiste mi primer cliente al que confiaste sin dudar, tus cuentas, tus números, tus papeles y no me confiaste tu destino, porque sabías que ese navío, no era dirigible.

Tuviste en tu casa, en un lugar privilegiado, esa foto del día de mi “jura”, como si se tratase de la mejor pieza de caza. En la foto no queda espacio para mí; tu orgullo y felicidad dejaban en la oscuridad a este aprendiz de abogado, al que siempre miraste confiado.

Abuelo ya no estás ¿por qué no te quedaste un poco más?.

En mi boda, siempre altanero, bailaste sin parar y no dejaste de admirar a mi suegra, por la que, hasta el final de tus días, todavía preguntabas. Con Fernando, fuiste el primero en llegar al hospital, al saber que tu nieto, te había hecho bisabuelo.

Tu bisnieto Fernando, sería para ti, como lo fui yo, objeto de deseo, deseo de protección. Con Alejandro ya te pilló cuando la enfermedad se asomaba a la esquina de tu dormitorio y llegamos a Madrid. Me llamabas todas la semanas y hablaba contigo y con la abuela, que a todos nos dejó, haces ya dos años. Ahora te ha tocado a tí.

Al final del trayecto, jamás llegue a pensar que en una ciudad junto al mar, llegarías a expirar. ¿Con quien saldré ahora a pasear por los campos de Peal?.

El año pasado tuve la suerte y el privilegio de compartir una semana, mano a mano con tu genio y figura. Ya hablabas menos, pero no dejabas de recordar tus viajes con el carro, la abuela, las telas, los pollos y esa gran operación que fue la adquisición de “El Llano”.

El tren se acerca a Málaga, ciudad bañada por el mar, mar que tanto nos gustó, mar que tanto nos unió. Desde Águilas a Terreros, pasando por Aguadulce y Motril; Torredelmar y Marbella; tomamos sol y *Berberana*; nos llegamos a bañar incluso en la playa de Valdelagrana. Abuelo tantas cosas te diría, que hora te escribo, para que no dejes de sentir que pese a mi tristeza y amargura, dejas en mí, un poso de alegría. Este viaje se acaba y a los pies de tu cama, junto a la que el tren me ha traído, veo cómo llega tu último latido; te ayudará a atravesar ese río sin retorno, al que ya no volverás jamás. Viajamos juntos y sin prisa, desde Jerez a Cádiz, pasando por Gibraltar; vimos Triana en Sevilla y en Málaga, descansamos junto al mar. Úbeda y Cazorla, Macael, Baeza y Antequera, Hinojares y Jaén; Peal de tus amores, ya se ha parado el tren.

Ya se fue mi abuelo, ya me dejó y ahora que puedo, sin trampa ni cartón, te digo bien sincero: me has robado el corazón tú, hombre de bien, al que todo el mundo llama Francisco Ortega Chacón.

*Hoy, a tu sombra, quiero
ver estos campos de mi Andalucía,
como a la vera ayer del Alto Duero
la hermosa tierra de encinar veía.
Olivo solitario,
lejos del olivar, junto a la fuente,
olivo hospitalario.
que das tu sombra a un hombre pensativo
y a un agua transparente,
al borde del camino que blanquea,
guarde tus verdes ramas, viejo olivo,
la diosa de ojos glaucos, Atenea.*

(Olivo del Camino. A Machado)

© Fernando R. Ortega. 2003

EL PARAGUAS ROJO

Hay ciertos momentos en la vida en los que uno fotografía para el resto de sus días, segundos que permanecerán en su memoria y que se reproducirán aleatoriamente porque existe alguna vinculación de los sentidos a esas fracciones de vida. Quién no se ha dejado atrapar por el olor que deja en las manos las caricias de su amante o ha mirado atrás creyendo que había pasado junto a él un antiguo amor porque la calle quedaba preñada por el olor de su nombre. Freud solía hablar de nuestra memoria olfativa.

La memoria no sólo se construye con recuerdos, más o menos agradables, sino que viene a completarse con el juego de los sentidos. Y esos sentidos fueron los que, en días pasados, provocaron en mi, la aparición de recuerdos, quizá abandonados en el baúl de la memoria, bien por la falta de tiempo para repasarlos o bien porque no tuve ocasión de jugar con mis sentidos para traer al presente sonidos, olores o sabores de un pasado no muy lejano, pero sí perdido en el último cajón del archivo de mi ocupado cerebro.

Tuve la oportunidad de pasar por Motril a besar y reverenciar a mi única abuela, Mimí, que por suerte, aún comparte con nosotros los latidos de su corazón. Pensé que era un buen presente dejarla disfrutar de la presencia de sus biznietos. Mientras esta estampa quedaba pegada en el álbum de su vivencia, me dejé caer por la casa, ésa dónde ella y mi otro abuelo, su marido Paco, vivieron durante muchos años.

La casa, ahora en fase de acicalamiento como una niña presumida por su actual propietaria, mi tía Sacrita, la recorrimos juntos por todas y cada una de las habitaciones. Siempre será la “casa del jardín”, ese jardín que cuando tenía el “boje” crecido, hacía que mi abuelo Paco me diera mil pesetas en vacaciones por cortarlo, pese a tener unas agujetas tremendas, el menos, durante dos días.

El jazmín que coronaba la entrada, me ha dejado marcado para siempre: noches de verano, húmedas, tropicales...Este recuerdo provoca que cada vez que paso por un jazmín no resista el coger una de sus delicadas flores blancas y la frote, una y otra vez, contra las palmas de mis manos y me deje embriagar por ese olor tan sensual. Huelan un jazmín. Noches de Andalucía.

Las habitaciones de la casa han sido respetadas casi en su totalidad, salvo algunas paredes que han sido modificadas para unir o aumentar unos metros cuadrados la extensión de las mismas. Desde el primer momento, y en la entrada en la casa, veía al abuelo Paco sentado en su sillón de enea (que por cierto tengo en mi casa), con su inagotable cigarro, tomando el fresco y disfrutando del silencio del jardín. En esa enorme entrada-distribuidor, corrí, jugué, salté e incluso observé como Paco, mi abuelo, daba cuerda a un enorme reloj de pared negro que cada hora marcaba con sus campanadas el transcurrir del día y de la noche.

La escalera que lleva a la parte de arriba ha sido respetada en su integridad, manteniendo su magnífica baranda de madera. Allí competía con mi tío Pepe a ver quién saltaba desde el escalón más alto. Siempre me ganó. El patio sí ha sido reformado porque los daños que habían dejado las dos enormes palmeras que había en su interior, lo demandaba. Allí Mimí regaba incesantemente su magnífica colección de macetas: geranios, aspidistras, coleos, helechos, cintas...El salón también ha sido

respetado, salvo que se ha abierto una entrada al patio, dándole más luz. En ese salón vi muchas películas en blanco y negro, primero, y en color después, con mi abuelo, que siempre hacía de voz en “off”, comentando en voz alta, todas y cada una de las escenas de una de vaqueros, cuando no le daba por llorar a moco tendido por cualquier escena (debilidad que reconozco he heredado; sí, lloro y mucho viendo “pelis”). La parte superior de la casa guardada el mismo aire que entonces. Allí se repartían los dormitorios de ellos, mis abuelos y de mis tíos y por supuesto de mi madre. Noches de Reyes, días de procesiones en Semana Santa, veranos de una niñez feliz...todo eso se paseó ante mis ojos al ver cada una de las habitaciones, con sus ventanas abiertas abrazadas por una luz sureña que se colaba por sus costados.

También tuve ocasión de recordar que, teniendo no más de seis años, estuve acudiendo a una escuela (hoy sería una guardería) en el “callejón de la sacristía” de la Iglesia mayor, muy cerca de la casa. En aquellos días del 74 ó 75 llovía intensamente y estaba enamorado de un miniparaguas rojo que fue de mi madre, con su puño de madera que me gustaba usar para ir a la escuela. Mi tío Pepe siempre me decía: *¿dónde vas con ese paraguas que te van a tirar piedras por la calle!* No sé que fue de aquel paraguas, pero se quedó conmigo para siempre. El paraguas rojo.

Terminando la visita y tras asomarme a la enorme balconada que preside la fachada, sólo me quedó inspirar aquel aroma, el aroma de la casa, de la que fue la casa de mis abuelos, de la que fue mi casa. Mientras, mis hijos cogían caracoles en el jardín. La misma estampa pero con casi treinta años de diferencia: algunas ausencias, algunas separaciones, algunas uniones, algunos nacimientos más; esas eran las diferencias; el ciclo de la vida. La casa, el jazmín, Mimí, mi abuelo Paco, el paraguas rojo, siguen siendo los mismos. Son míos para siempre.

El paraguas rojo

trozo de trapo color
del latido de este corazón,
dejas bailar las gotas
de lluvia en tu escarapate
escarlata unido por alambres
que saben a melocotón en almíbar;
paseos sobre cristales callejeros
que reflejaban las sombras
de lo que pasó, quedándose
dibujado en la memoria
de los sueños del niño
que tuvo miedo de recoger
en su alma, todas las gotas
de sus lágrimas rebeldes.

***Der rote Regenschirm**

Stoffetzen von der Farbe
des pulsierenden Herzens,
lässt die Regentropfen
auf Deiner scharlachroten Auslage
tanzen, verbunden durch Drähte
die nach Süsse schmecken;
Spaziergänge auf den Schaufenstern
die die Schatten des Geschehenen
widerspiegelten, in der Erinnerung
der Träume des Kindes verbleibend,
das Angst hatte, in seiner Seele
alle Tropfen seiner
widerspenstigen Tränen zu finden.

© Fernando R. Ortega.2005

* Traducción y agradecimiento: Elke Schemel

LA FELICIDAD

Cuando Luis (Gómez Llorente Jr.) me dijo ¡adelante!, supe en ese mismo instante que acabábamos de cerrar un “pacto entre caballeros”. Sabía que tenía que cumplir mi palabra y asumir el reto de hacer esta sección, que decidí llamarla “*El pupitre*”. Este nombre de claro sabor escolar, me trae aromas de pueblo, de ese pueblo Torredonjimeno (Jaén) por el que corrí, por el que esperaba que llegara el piconero, todo negro, con su burro, más zaino que el picón para los braseros que transportaba sobre su albarda. Ese pupitre donde, a veces, me escondía debajo por lo aburrido de la clase y de donde me sacaba Dña Carmen, mi maestra, con algún “*pescozón*” (*tozolón* dicen los maños) que otro. Ese pupitre desde donde observaba a Maite Carazo, la primera chica de la que recuerdo estar enamorado. El pupitre, elemento natural en el colegio de EGB de los de siempre y donde pasamos ocho años de nuestra, todavía, corta vida.

He de reconocer que añoro esa época y esos años. La recuerdo como una época feliz. Yo creo que los niños son felices; hasta el propio Chumi Chúmez reconoció en su libro, que “fue feliz en la guerra”, sólo por el hecho de ser niño.

Ahora veo a mis hijos y los veo felices. Los observo ávidos de aprender, deseosos de aprehender la realidad a través de sus ojos, que en este caso, son fiel reflejo de su diminuta alma, alma llena de felicidad. Es ahora, ya mayores, cuando tener al alcance de la mano la felicidad, se torna tan complicado. Por eso añoro mi felicidad de niño y siento “envidia” sana por no poseedor de la felicidad de mis hijos. Felicidad sin máscaras, sin tramoya, sin actores secundarios: felicidad en estado puro.

Pero también es cierto que soy feliz viendo felices a mis hijos. Hace unos días, un domingo por la tarde, me senté con ellos a pintar, poniendo en práctica, sin saberlo, el “*reencuadre*” -técnica para dominar el estrés laboral- (agradezco estos conocimientos a la Comunidad de rr.hh. y management *Human Zone* -www.humanzone.com- a la que pertenezco y que dirige mi buena y querida amiga María Escat). Limpiamos de trastos la mesa del salón y la llenamos de lápices de colores, de rotuladores, gomas, sacapuntas, hojas en blanco. Les fuimos dando formas y tonos a todas ellas (algunas las cuelgo de la pared de mi despacho): un barco, un autobús, la torre del castillo de Torrelodones, una isla, una casa de campo con tractor, una tormenta...miles de historias que ellos imaginaban en cuestión de segundos, historias que nos permitía vivir viajando “a coste cero”.

Millones de sonrisas que acaparaban eso minúsculos labios, en segundos, en fracciones de vida que se quedan grabados para siempre en las retinas de su padre que los observaba como un espectador envidioso y deseoso, aunque hubiese sido por una fracción de ese segundo, haber gozado de su felicidad. Comprobaran los lectores de Viajeros, lo barato que es ser feliz y, sin embargo, lo que cuesta conseguirlo. ¿Por qué será tan difícil ser feliz, si un niño con un lápiz y un papel, lo es y además lo contagia a los que están a su alrededor?. Queridos lectores, ¡sean felices!

Aprendices

*Estrellas colgadas, blancas,
brillantes, iluminan sus caras;
caras felices, no tienen deslices,
amor de niños, aprendices.*

© Fernando R. Ortega. 2004

QUERIDO MAESTRO

En estos días en los que pequeños y no tan pequeños han empezado a recobrar la normalidad después de disfrutar de sus merecidas vacaciones estivales y repasando en cierta medida lo que hicimos el pasado curso y a las puertas del nuevo, veo que muchos padres –y no tan padres- hemos dejado de usar una palabra que está llena de connotaciones positivas y que no se por qué extraño motivo, insisto, ha dejado de usarse.

Se trata de la palabra *maestro*. Según el diccionario de la Real Academia de la Lengua Española (RAE), *maestro* es la “**persona que enseña una ciencia, arte u oficio, o tiene título para hacerlo**”. Recuerdo con nostalgia y mucho cariño a mis maestros: Dña Carmen, D. Antonio, D. Mariano, D. Jacinto, etc. Ejercían con “maestría” y dedicación su santa profesión, como era la de enseñar a hacernos personas y ser capaces de enfrentarnos al mundo que se nos avecinaba transmitiendo conocimiento, esfuerzo; nos hacían saltar las vallas de los exámenes con superación y siempre con la mirada puesta en el horizonte de las personas que depuse hemos llegado a ser. Casi nada de lo que ahora impera.

En aquellos años, nos dirigíamos a nuestros maestros hablándoles de Vd y pese al paso de los años, nuestra memoria no nos falla y no permite que nos refiramos a ellos, como Carmen, Antonio, Mariano, Jacinto, etc. (mis hijos llaman a sus maestros Pablo y Famita respectivamente, ante mi todavía sorpresa). Ese tono lo mantuvimos en el Instituto y en la Universidad, pero a aquellos enseñantes ya no se les decían maestros sino profesores.

A mi la palabra *maestro* me gusta; me emociona oír un “¡suerte maestro!” cuando el matador se enfrenta a un astifino negro zaino de más de 500 kgs; disfruto viendo un cuadro de Rubens, Velázquez, Dalí... todos maestros de pintores. Los apóstoles se referían a Jesús, como *Maestro* y hasta el propio Kung-Fu se dirigía a su maestro con una reverencial admiración.

Ahora la palabra *maestro* (que tiene más de cuarenta acepciones distintas en el diccionario) ha dejado de tener adscrita socialmente esa fantástica definición que era enseñar en los primeros pasos, poniendo los cimientos en la personalidad de los niños de tres, cuatro o cinco años. Se ha quedado para referencias románticas a empleos o profesiones. Así cualquier abogado que se precie de serlo, ha tenido su maestro. El mío Romualdo de la Chica, me enseñó los mejores valores que se le puede transmitir a un abogado: profesionalidad, sinceridad y honradez. Lo mismo le ocurre a los antes citados pintores, escultores, ebanistas, cocineros y un sin fin de oficios. Hasta me referí en unos de mis “pupitres” a mi amigo Vindemial como maestro vendedor, en un sentido homenaje a una profesión y una persona “*de mérito relevante entre las de su clase*”.

Pero ése, el que ejerce el santo y humilde (por el escaso reconocimiento social) oficio de Maestro, (con mayúsculas), el que enseña al que no sabe, el que acomete construcciones de conocimiento con los únicos instrumentos de la palabra, la pizarra y los libros, ése ya no es maestro; es cualquier otro calificativo, pero no es maestro: es enseñante, profesor, educador, monitores y así una retahíla de términos socializantes que han desvirtuado el contenido de todas las palabras citadas, ya que cada una etimológicamente tiene su origen, su función, su misión, su contenido).

¿Qué niño habla ahora de su maestro/a?; ¿quién de nosotros va al Colegio a hablar con el/la maestro/a de su hijo?. Si somos sinceros, ninguno.

Pero habría que ser más consecuentes. Un repaso a cualquier libro de Historia, nos enseña, nos muestra, nos exhibe, nos ilustra, nos recuerda que el oficio de Maestro (con mayúsculas) que es tan antiguo como el propio ser humano.

Se imaginan a Platón hablando con sus alumnos y estos pidiéndole la palabra como !!!profe!!!; no.

Se la pedían como ¡Maestro!.

Tu guía

*Disfruta en tu mar de luces,
¡que el faro guíe tu travesía
con la fuerza de una vela apagada!
navegarás por las ondas de una radio de litio
y cuando arribes al palacio de hielo derretido,
envíame un pájaro mensajero con las alas cortadas
con un mensaje que diga:
no volveré a la travesía sin tu alegría.*

© Fernando R. Ortega. 2004

TENER CRITERIO

Una vez más me siento en mi pupitre para escribir estas finas filas de letras, que son frases y su conjunto, este artículo; estas palabras, mis palabras, que dejo impresas en papel, van a ser siempre una manifestación de los sentimientos, de esos sentimientos que tanto nos ahogan porque somos incapaces de mostrarlos, creando ese mundo artificial, al que nos hemos acostumbrado y por supuesto, hay que combatir. Esa es mi intención.

Esta sección es y será siempre un trozo de sentimientos, de los míos, de los demás, de todos. Intentaré además relacionarlos con el resto de mundos que nos rodean: el familiar, el laboral, el político, etc, esos “micromundos” que configuran nuestro gran mundo, en el que nos movemos, nos relacionamos, al que nos enfrentamos cada día cuando abrimos las persianas que cubren nuestros ojos. Espero que todos los lectores (ellas y ellos), vean siempre más allá de lo literal, de lo negro sobre blanco e intenten moverse en ese abanico arco iris que hay siempre detrás de las palabras impresas en una hoja de papel y saquen sus propias conclusiones. Y digo el sacar sus propias conclusiones porque espero tengan criterio para hacerlo, aunque eso les genere alguna infelicidad, malestar, decaimiento, quizá tristeza o a lo mejor, alegría inmensa.

Me explico: hoy tener criterio puede ser en muchas ocasiones hasta perjudicial para la salud mental del que lo ejercita y/o manifiesta de forma abierta; es decir, se vuelve “políticamente incorrecto”; hay que ser una “maricomplejines” de turno (gracias Federico Jiménez Losantos por recordármelo a diario). Parece que la mediocridad es la que gobierna en muchas ocasiones el destino de grupo de personas que se integran o se relacionan en una estructura legal y económica, como puede ser un país, una ciudad, una comunidad de vecinos o una empresa. ¡Ay de esos trabajadores con criterio! Serán la envidia de los demás, que cargados, quizá de prejuicios y de tantas limitaciones, que harán a “sensu contrario” que ese criterio sea su arma arrojada con la que triturar al sujeto pasivo. Los que todavía tenemos abuela (sólo me queda Mimí, pero me acuerdo de Cele todos los días), hemos oído infinidad de veces decir “¡qué criterio tiene este niño!, ¡parece una persona mayor!, levantando a continuación una ola de varios metros de envidias por parte de tías, primas, cuñadas y resto de eslabones que conforman esa gran cadena humana que es la familia, que pese a que intentan disimular, se les nota muchísimo (-hagan la prueba-). Aznar ha mantenido con mucho criterio su decisión de estar sólo dos legislaturas en el Gobierno, extremo que ha levantado algún resquemor en otras fuerzas políticas al comprobar que no sólo lo prometió sino que además lo ha mantenido.

Las personas pobres de espíritu, simples, suelen ser envidiosos; pero no envidian el dinero o el éxito de su vecino; envidian su criterio. El simple anda a menudo sobre arenas movedizas; el que tiene criterio pisa fuerte, seguro y siempre con un paso detrás de otro. El simple es tan “esclético” de razón que ve al que posee y ejercita su criterio, como una pieza de caza a batir, aunque sea en muchas ocasiones dolorosísimo para el se mantiene firme, (-en pie con puño en alto- ¿se acuerdan de “Bailando con lobos”?) que termina por dejar su criterio de lado y dar la mano a lo “políticamente correcto”. Pero pese a ello, el criterio, estoy convencido, no se pierde: se nace con él. Se imaginan los lectores qué hubiese pasado con esas magníficas pirámides que tras miles de años siguen en pie si se hubiesen guiado por arquitectos faltos de criterio; habrían durado lo mismos que la reparación del socavón

de la carretera de Madrid a Valencia (cerrada todavía por unas semanas). El criterio, ese criterio positivo, ayuda a revolucionar sistemas, a inventar estructuras, a derribar barreras, eliminar distancias, superar diferencias; eso sí, jamás sin usar la violencia (me sentido recuerdo a Antonio Flores).

Criterio o línea invisible que guía nuestros espíritus hacia la consecución de metas realizadoras de sueños, ideas, que nos transportan a mundos mejores, felices. Yo por mi parte lo intento mantener a diario; les confieso que mi pequeño mundo de felicidad, en numerosas ocasiones, es tener este pedazo de revista para hacerles partícipes de mi criterio.

Poder

*Poder estar, poder errar,
poder querer, poder amar;
todo es poder, todo es tener;
nada tiene el que todo lo puede,
sólo puede el que todo lo tiene.*

© Fernando R. Ortega. 2004

MARZO

Por casualidad o como dicen los exquisitos británicos *by chance*, ha querido el destino que me encargue este mes de marzo de rellenar este espacio que rota entre el joven Vindemial y su pupilo aventajado.

No debería significar nada especial el mes de marzo, pero si tiro de memoria, hay demasiadas cosas que acontecen en este mes que, al menos, merecen ser contadas.

Este mes, el de marzo, cuya obligación era, es y debiera haber sido siempre la de convertirse en puerta de entrada a esa maravillosa explosión de colores, olores y sensaciones que es la primavera, pasillo con final subido de grados que ayuda a que las más jóvenes y no tan jóvenes comiencen lucir esos trozos de piel que ocultan durante el frío y recatado invierno, éste, ya no será el mes de marzo, el de siempre, el de toda vida.

Este mes ya estará por los siglos de los siglos, en la memoria de todos los españoles de bien, cuando recordemos que una mañana del 11 de marzo de 2004, cuando el olor a café recién hecho embargaba el despertar de muchos hogares españoles, cuando muchos niños se despertaban todavía en sus camas, algunos nos afeitábamos, otros cogían un taxi, otros leía el periódico, a otros se les quemaban las tostadas...ciento noventa y dos de nuestros conciudadanos nos dejaban cuando sólo habían cometido el pecado de levantarse y coger un tren para ir a trabajar.

Posiblemente estos dos centenares de ausentes no entendieran por qué por el mero hecho de ser "apóstatas del Corán" se merecían el fin de su vidas como castigo de unos señores que huyen del jabón como el que huye del fuego y que condenan a sus mujeres a llevar sus rostros y cabezas tapados con trapos funestos y le impiden salir a la calle porque mensualmente están impuras o invitan a su hijos que no superan los diez años a convertirse en martires de un tal "alá" que cuando llama por telefono, da ordenes de ponerse un cinturón cargado de dinamita y hacer saltar todo por los aires.

No se si el mes de marzo será para ellos algo más que el tercer mes del año o quizá ese mes ya no exista en su calendario hecho sólo para y por el extremismo que ignora que es la libertad o la democracia y que sobre todo impide a sus jóvenes a conocer, entre otras cosas, que el hombre y la mujer somos iguales en derechos. El mes de marzo, éste que jamás ya será diferente, será siempre el mes de los recuerdos, de los ausentes.

Un mes, el de marzo, este, está huerfano porque ha perdido a casi doscientos de sus hijos entre hierros retorcidos, sin que les dieran la opción de poder disfrutar de cómo huelen las flores que abren sus pétalos bajo el tenue sol de los primeros días de primavera, de cómo es el azul protector del velazqueño cielo madrileño o de cómo los acianos cuentan sus vetustas batallas de juventad amparados en el banco del parque.

Ya marzo no será igual; nos arrancaron la "m" sembrando muerte, nos extiparon la "a", arrancando vidas, nos amputaron la "r", rompiendo corazones, y se tragaron la "z" y la "o", como ahora nos tragamos las lágrimas por los que ya no están. Este marzo para mi siempre será portal de primavera y entrada a la esperanza.

Once

In memoriam

Once sueños tuve aquella mañana:
once canciones descomponiéndose
reproducían las retorcidas gramolas.

Once encuentros de caballos de hierro, deshechos;
jinetes descabalgados en monturas
derretidas en el espesor de la sangre.

Once poemas de amor sin recitar quedaron:
el amargo sabor del óxido encaramado
en la garganta cansada del poeta.

Once postales, sin envío, escritas once días
antes de la partida, sin invitación, hacia la oscura nada.

Once fragmentos de perlas de cristal
esparcidas por orillas repletas
de aplastados pájaros faltos de nombre:
-jamás levantarán su vuelo-.

Once risas quedaron atrapadas en la red;
silencio disuelto en once mares rojos
y las olas tornándose negras como la pólvora.

Once repliques de campanas, -badajos de coral-,
silenciados por el desborde de la lava asfáltica.

Once sirenas apostadas en techos amarillos
mostrando sus colas preñadas de amor sin luz.

Once batas blancas cubriendo rostros
que borraron los versos satánicos.

Once oportunidades perdidas para que ondease
la blanca esperanza engarzada en la
despedida de los que se van.

© Fernando R. Ortega.2005

ANTIAMERICANISMO

Este número lo voy a aprovechar para realizar una serie de reflexiones que han venido a mi mente tras el visionado, en días pasados, de la película “*El Pianista*” de *Roman Polansky* (su protagonista masculino *Adrien Brody* fue galardonado en los Oscars 2002, besando a *Halle Berry* de tal manera que muchos deseamos en ese momento ser los ganadores, no por el Oscar, sino por el tremendo beso que le plantó en los morros a esa morenaza –chica Bond- impresionante que es la actriz citada).

El argumento del film es tan sencillo: relata cómo vivió el pianista *Wladyslaw Szpilman*, qué pasó en Varsovia durante la invasión nazi de Polonia, el ghetto judío, sus sufrimientos, la caída del *III Reich* y la liberación de Varsovia por el ejército ruso. Eran demasiados los fotogramas que me recordaban a situaciones muy actuales, que lejos de estar en 1940, nos llenan la actualidad mediática en el año 2004 y el antisemitismo que se respirara en los años 30, sigue muy vigente también en la actualidad, amparando más a los violentos y terroristas de Hamas o Al-Qaeda que a un gobierno democráticamente elegido en Israel.

Pero lo que no dejaba de martillar mi cabeza, es el antiamericanismo trasnochado que se vive o se practica en algunos sectores de nuestra sociedad y en algunos países de Europa, como Francia o Alemania (lo de la Alemania es inevitable, aunque al partido del gobierno actual le ha costado un severísima derrota en la urnas). Conforme transcurría la película, basada en hechos reales, hay un punto de inflexión notable, que supuso -este momento- que la moral de la resistencia polaca cambiara, si bien con escasísimos medios y que los judíos (masacrados y exterminados) albergaran la esperanza de una Polonia liberada; ese momento fue ni más ni menos cuando conocieron que los americanos y los británicos habían desembarcado por Normandía, en el norte de Francia (6 de junio de 1.944 –se ha celebrado ahora el 60 aniversario-) y habían comenzado a luchar contra el *III Reich*. Los norteamericanos aparecían en escena, en una tierra que no era la suya y de la mano de la *101ª y 82ª División Aerotransportada* y los británicos, decidieron ganar el pulso a la mano de hierro del imperio nazi. Los norteamericanos ayudaron a liberar Francia (los nazis la habían invadido en pocas semanas, incluso crearon un gobierno colaboracionista, el de Vichy, ¿se acuerda?), los Países Bajos, Italia, llegando por el frente oeste hasta Berlín, mientras que el ejército bolchevique, por el frente *Este*, llegaba también a las puertas de Berlín, liberando a todo esos países, que a la postre –y desgraciadamente- se quedarían, durante muchos años, bajo el yugo de la hoz y el martillo, países entre los que se encontraba Polonia.

Estos datos, muy a vuela pluma, parecen haber caído en el olvido de la vieja Europa y mientras que hay celebraciones que no pasan, pese a los años, hay otras que parece no interesa recordar (en la celebración del 60 aniversario ha sido muy sonora la ausencia de España).

Eso ha provocado que en los últimos tiempos se haya abierto una brecha entre los países que estaban a favor de la intervención contra el régimen sanguinario de Sadam y los que se quedaron en casa. Curiosamente Polonia siempre estuvo del lado del mal llamado eje Washintong-Londres-Lisboa.-Madrid (Madrid ya sabemos que lo ha dejado). Pero el estar o no de acuerdo con una intervención militar, no puede obviar que la actual situación de libertad que vivimos en toda Europa, es gracias a que un país como los EEUU, decidiera intervenir en la II Guerra Mundial y romper, con ayuda de los británicos, canadienses, polacos y las distintas resistencias internas de

todos los países invadidos, derrotar al régimen exterminador que había creado en nacionalsocialismo alemán.

Hay quien dice que *el que no conoce la historia está condenado a repetirla* y es curioso como el momento del desembarco de Normandía, inclinó definitivamente la balanza a favor de los aliados, y todos los libros y películas que existen al respecto y que no tenga torticeras reinterpretaciones de los hechos, destacan como cierto este hecho. A esto debemos unir la imposibilidad del *Reich* de romper el frente del *Este* en Rusia (ya le pasó a Napoleón).

Por tanto sigo sin entender como sesenta años después de todo el desastre europeo de la guerra, se hace tanta ostentación de un antiamericanismo, que no es tan evidente en países, como por ejemplo Polonia, que sigue manteniendo una línea de cooperación con EEUU digna de encomio y con una rectitud y claridad de posiciones muy diferentes de otros socios europeos, más volcados en solventar sus problemas internos (Francia y Alemania, son un clamoroso ejemplo). Pues bien, no quiero concluir este brevísimo repaso histórico-político sin reconocer que, países con una historia tan joven como EEUU, son pieza clave de la historia de mundo moderno y que gracias a sus intervenciones, al menos en Europa, cambiaron campos de minas por campos de tréboles.

No siento

*No siento que esto sea nada,
no siento sentirme sin sentido,
no siento que mi aliento no lo sientas,
no siento que tu corazón ya no lata,
no siento que todo se fuera con el viento,
no siento que tú no sientas;
sólo siento que alguien, al otro lado,
deje de sentir por nuestros sentimientos.*

© Fernando R. Ortega. 2004

PUEBLO DE PUEBLOS

Ya estamos de vuelta de vacaciones y espero que [tod@s](#) lectore/as estén ávidos por encontrarse con esta sección que, por fin, ya levanta algunos comentarios. Era lo que pretendía, claro; crear opinión para generar opinión. A veces a favor, otras en contra, pero al fin y al cabo, opinión. ¡Que pena por esos pueblos que son sometidos al estado de opinión único!

¿Pero que está pasando en España? Me voy a dejar llevar por mi más profundo "*homo socialis*" para denunciar el estado de descomposición cultural y social que estamos sufriendo en lo que nos queda de España y digo España porque estoy convencido de que los romanos, ya veían en la Península Ibérica un único destino administrativo, político y económico. Por eso "cortaron" por los Pirineos y nos separaron de los galos.

Tengo la enorme ventaja de viajar mucho; sí mucho. Hago más de cien mil kilómetros al año y puedo atravesar, como dice una querida amiga mía, España en un día. Esto lo acompaño con salidas frecuentes al extranjero, lo que me da cierta visión de conjunto. Además de esta frenética actividad la he aderezado con una visita "iniciática" a una ciudad que me ha dejado impresionado: **Amsterdam**.

He descubierto como un pueblo con un idioma ininteligible y con clara tendencia a levantar barreras -el idioma-, es superado con una alegría desconocida para mí en un pueblo de origen teutón. He descubierto una ciudad abierta, tolerante, acogedora, donde a nadie se le trata como un extraño y sobre todo, donde se respira libertad. Es difícil respirar la libertad; en Amsterdam sí. Lejos de los coffee shops, por los que yo apostaría a abrir en España, voy a relatar esos aspectos más cotidianos, que junto a la libertad, hacen de Amsterdam, Holanda, un referente digno de citar.

Los habitantes de Amsterdam son abiertos, hospitalarios y no dudan en ayudarte ante un segundo de duda en la disyuntiva entre un canal o una calle. Tienen una cara de satisfacción importante cuando te ponen una cerveza, te sirven un café, o te reciben en un hotel.

Que pena de España, cuántas malas caras se soportan en una cafetería, un restaurante o en una gasolinera. También los habitantes de Amsterdam intuyen de qué país eres (¿bonita virtud o lógica comercial?) y siempre te saludan, inicialmente, en tu lengua. ¡Ay España cuantas minilenguas encontramos para justificar los hechos diferenciales!. Distinto idioma, una barrera; mismo idioma, ninguna barrera. También me sorprendió ver muchos mástiles en todas las fachadas de casi todas las casas de esta inolvidable ciudad. Pero no pude dejar de frotarme los ojos, porque sólo había una bandera; sí una sola.

Pobre España, llenamos nuestros vacíos con banderas, con himnos, con boinas, fajines y no sé con cuantos iconos reales o inventados para reivindicar que uno ya no es de un país, estado o nación; sino de un pueblo. Me da la impresión de que somos más de pueblo que nunca. A este ritmo los de Chamberí no querrán que los de Moncloa les llegue el agua; pondremos un idioma obligatorio a los niños de nuestra comunidad de vecinos que les impidan relacionarse con los de la otra acera y si los otros nos dicen algo, les llamaremos imperialistas.

Por supuesto implantaremos el día de la patria vecinera, cerraremos con muchos muros (léase tasas, restricciones de circulación, impuestos...) nuestra propiedad para que nadie de otro portal pueda venir a instalarse en nuestra magnífica, única e intransferible comunidad de aborregados vecinos, sometidos al mensaje único, porque así no perderemos nuestras señales de identidad. Crearemos nuestros propios vigilantes a los que les podremos colores chillones, inventaremos numeraciones nuevas en las matrículas y eso sí, de solidaridad nada de nada. Que el vecino no tiene agua...pues que se la pida a Francia o a Alemania que allí no falta de nada, pero compartir agua en España, por favor. Ah se me olvidaba: el animal vecinal será la lagartija que reptar por las paredes exclusivas de nuestros pisos.

En Amsterdam el agua sobra, fluye, ayuda a que los domingos las gentes salgan con sus barquitos a compartir con el resto de los navegantes, sus picnics y en invierno, para que los niños patinen, eliminando las distancias y por tanto las barreras. El agua, los canales ayudan también a que las gentes salgan con sus mesas a desayunar a la puerta de la calle y ofrezcan su desayuno a extraños viandantes. ¡Qué pena y qué envidia!

Antes se llamaba cateto despectivamente, al pobre hombre que no tenía medios para salir de su pueblo y venía a las grandes ciudades cargado con sus pollos y sus maletas atadas con gaita.

Ahora somos todos, los españoles, una partida de catetos.

Los ciclistas en el Tour no son españoles, son de aquí o de allí; Fernando Alonso es siempre asturiano, como los asturcones y se celebra con grandes vítores y cohetes las fiestas de un condado antes que la de nuestro país. Me dirán nacionalista español. No; yerran los obstusos que piensen así.

Soy nacido en Murcia, criado en Torredonjimeno, que se perdió tras Maripili en Jaén, me licencié en Pamplona, mi empresa está en Torrelodones, y trabajo con clientes en La Junquera, Tarifa, Infiesto, Sevilla...Ja!!!. Tengo amigos de carne y hueso en Barcelona, Jerez, Oviedo, Valencia, León y sé que Teruel existe. He visto los Campos Elíseos, me he bañado en las playas de Tenby, me enamoré de la mujer del cocinero junto en la puerta de Brandemburgo, he cenado en el río Moldava, ví los molinos de Mykonos y por supuesto, disfruté de la libertad de Amsterdam. No me perdono no haber visto todavía el gran Coliseo romano, pero he decidido guardar las arenas de todas las playas que visite en frascos de cristal. Quiero cruzar el charco y visitar a los amigos con los que comparto el foro de poetas de toda la comunidad de habla hispana de América. Quiero hablar con el desierto y soñar con noches tórridas en las Seychelles o contar grillos en Jamaica. Y quiero morir en Ítaca.

Pero lo que no quiero, "muchacha de ojos tristes", es que tú, España, seas el pueblo más de pueblo que todos los pueblos del mundo. Eso nos hace ser los más catetos del mundo. Al menos, los de antes, ahoraban para salir de viaje, ver, conocer, saber, ser más libres. Ahora se quedan en la puerta, por miedo a salir y se refugian en sus banderas barradas. Catetos.

¿Así es España?

Gente paciente, gente reluciente
gente que se baña ¿así es España?

Gente colorada, gente alborotada,
gente tacaña ¿así es España?

Gente con prisa, gente sin risa
gente huraña ¿así es España?

Gente independiente, gente corriente,
gente extraña ¿así es España?

Gente mal nacida, gente retraída,
gente con migraña ¿así es España?

España, es norte y sur, este y oeste;
Mediterráneo, Atlántico, Cantábrico;
mares salados para océanos de almas
encontradas, en esta piel de toro encrucijada.

©Fernando R. Ortega 2005

HISTORIAS DE BARES

Recuerdo aquella coplilla de *Gabinete Caligari* que nos animaba a compartir gratos momentos en esos lugares que para todos, y creo no equivocarme, son los mejores lugares para mantener magníficas tertulias de amigos, compañeros, parejas, etc. Todo es discutible y arreglable a la luz de una barra de un bar; los besos son más clandestinos cuanto más escondida está esa mesa en la que los amantes se dan la mano por debajo del mantel. Pero lo que más gusta de los bares, estos nuestros, los de toda la vida, el de la esquina, los de la calle, los del barrio, los de carretera, bares, al fin y al cabo, es que siempre hay segundos para reflexionar sobre lo que nos ha acaecido y compartirlo con algún contertulio al amparo de un oloroso, un blanco espumoso, un chato de tinto o una refrescante cañita.

En este momento viene a mi memoria que no hace mucho me encontré en el bar de la esquina, ese que no se debe cerrar como dice Sabina, a un amigo que en las últimas fechas su temas laborales no le sonreían. Tras recordar viejos encuentros envueltos en olores a queso y ribera del duero, me contó su historia, que bien podría ser la historia de cualquiera de nosotros, porque el que más o el que menos, se ha visto alguna vez en la situación que me contó.

Tras llegar a su puesto actual, me relataba mi amigo, se vino a cruzar una buena mañana con esos personajes que tanto abundan en las empresas, entre acomejados, totalitarios y cortos de vistas, bien denominados "*maricomplejines*" (a todo esto, está de moda este término; lo se por mi ya recitada admiración a Federico Jiménez Losantos). Este amigo me confirmó: ¿que no se te cruce *maricomplejines* en tu vida?. Caló en mí ese término, pero ignoraba su aplicación empresarial, y ello me hizo insistir en la descripción del sujeto y como quiera que mi amigo ya comenzaba a estar un poco ligero de lengua, por el efecto del "riberita", comenzó a soltarse.

-Mi querido amigo Ortega: en las empresas hay quien vale, lo demuestra cada día y se le paga por ello (muchas veces por debajo de lo que se merece); pero también y por desgracia, hay quien no vale ni para verse a solas con el espejo, porque su incompetencia es mayúscula y encima se le paga.

Hay personas que llegan alto por su capacidad de trabajo y sus servicios prestados; pero hay otros que a través de no se qué extrañas conexiones entre "*head hunter*" -*cazadores de talentos*- y grandes cuentas o influencias, son capaces de colarse en organizaciones humanas y destrozarlas, implantando el desorden, el caos, la desmotivación.

Hay personas que por sus obras las conoceréis; pero hay otras que se hacen acreedores de fama no por sus obras, sino por sus omisiones. Las empresas funcionan porque hay grupos de personas que se sienten tan identificados con el proyecto empresarial en el que están, que un maricomplejines de esta categoría puede destruir ese edificio en horas, qué digo, en minutos.

Además querido amigo Ortega –prosiguió- , si tu sombra profesional es alargada, te cortará la hierba a ras de los tobillos, conspirará, lanzará bulos, te llamará talibán o amparándose en su cargo, simplemente, te enviará al ostracismo de una mesa apartada en cualquier lugar de la empresa y si puede, además, de forma ostentórea, arrogándose algún tipo de superioridad moral (ya que tiene *cero zapatero*

de autoridad profesional) que le haga sentirse reconfortado en el mareo de su despacho, en el que sólo tiene un ordenador.

-Pero, ¿si eso es técnicamente mobbing?- le dije a mi amigo.

- ¡Nada de eso Ortega! Eso se llama "*pon un maricomplejines en tu vida*"; no te equivoques.- Y contra eso cómo se lucha?- le pregunté. Pues mira -aseveró con voz campanuda-: hay que estar preparado física y psicológicamente; seguir tan bien vestido como antes, manteniendo tus contactos y gestionando en el exterior más que en el interior. Despégate de los problemas, míralos desde la otra cara del espejo y sobre todo disfruta de tu tiempo libre y que tu situación "transitoria", se quede tras la puerta de tu lugar de trabajo. Pero lo más importante es que no dejes de tomar un vino con tus amigos. Decía un viejo amigo mío que no te fíes de un hombre que no bebe vino. Por eso amigo Ortega, sigamos bebiendo vino; disfrutemos de este placer que los dioses del Olimpo adoraban y sobre todo porque es bueno para el corazón y la próstata-.

Imaginan los lectores cómo acabamos aquella tarde. Historias de bares y sus correspondientes moralejas quedaron grabadas en mi memoria para siempre: "pon un vaso de vino en tu vida" y que "no te toque a maricomplejines de compañero".
¡¡¡¡Salud queridos lectores!!!!

Retrato de un frustrado ©

Malicia te adivino,
envidia te intuyo,
mediocridad sufres;
¿se apagarán las luces de tu escenario?

El patio de butacas permaneció helado
como el cementerio del olvido
donde has sido sepultado.

Tus manos muestran debilidades,
tus dedos frustraciones,
los gestos desvaríos,
tu cabeza continúa vacía:
¿sacarán tus pepitas el día de los difuntos?

No tendrás reconciliación
ni con las almas más impías.

© Fernando R. Ortega. 2004

LA MARIPANDI

Llega julio. Los colores que nos rodean se vuelen parduscos y marrones. Se configura un arco iris de tonos terrosos por todas partes que nos recuerda que el sol está, estos días, en su punto más alto después de la mágica noche de San Juan, donde miles de danzarines al sol y a la luna, se dejan llevar por el mágico embrujo de pasos descalzos sobre la arena de la playa.

Hora es también de analizar el cierre del curso; ya no tenemos asignaturas pendientes; lo hemos aprobado todo y algunos ya se encaminan a sus lugares de descanso para restañarse de las viejas heridas del gélido y aislante invierno. Dejamos y enterramos a “*maricomplejines*” midiendo estanterías y muebles; se abre paso, nace la “*maripandi*”.

Los lectores pensarán -¡qué manía tiene este aprendiz de juntador de letras, de inventarse palabras!-. Pues sí, la verdad. Nos es afán inventor; es reflejo de una realidad mutante, la lingüística, que evoluciona tan rápido como lo que tarda un sms en llegar al móvil de tu convidada de piedra. Este sms también se usa para convocar a la *maripandi*.

Verán; el mes de julio es el mes de la *maripandi* total. ¿Recuerdan la película “Cuenta conmigo” donde un joven River Phoenix vive con sus amigos (su maripandi) el mejor verano de su vida?; incluso en Grease, el rebelde John Travolta seduce a Sandy (inolvidable y guapísima Olivia Newton John) en el cálido verano para luego, reencontrársela en el curso, protagonizando un icono musical (una cult-movie) juvenil de los años ochenta. Los ochenta, qué magnífica época cuando quedábamos en sitios muy comunes con todos nuestros amigos, primero para compartir un “poloflahs”, luego un cigarrillo en las más absoluta clandestinidad, para terminar la década, embargado por los miles de amores que se escapaban en ese mes de asueto, caluroso y especial que era julio.

Ahora nuestros amigos, la *maripandi*, ha dejado paso a relaciones más íntimas, más “vis a vis” con tu pareja; ya no se llevan tanto esas magníficas maripandis de los veranos en el pueblo donde nos juntábamos en la piscina quince o veinte amiguetes, de ambos sexos, para pasar todo el día riéndonos, ligando y tostándonos al sol. Ahora es todo diferente.

Pero lejos de ser pesimista e intimista, como en muchas de mis reflexiones, me dejaré llevar por el calor de julio y recordaré que no hace tanto tiempo también he pasado momentos muy felices con la *maripandi*. Quién no se acuerda de esos conciertos de rock en Torredonjimeno, puestas de sol larguísimas en Aguadulce, tapeo en San Ildefonso o en la zona de la catedral de Jaén, compras de mantones de manila en la calle Modesto Lafuente, quesos de tetilla, celebrando San Fernando, las cavas, copas pedidas por teléfono, cervezas a la luz del sol en la piedra de la plaza de Torrelodones o cálidas noches barcelonesas en el “Vaso de oro” o en el “Omn”. Todos esos momentos que ahora recuerdo y que sus protagonistas, cuando lo lean, sabrán situarse cada uno en el suyo, son vividos gracias al calor y a los amigos, esos de los que van quedando menos; rostros difusos en el día a día.

Hay un anuncio de televisión que siempre me gustó que anunciaba una bebida refrescante: “limón kas, la noche es joven”; ¡magnífico!, presentaba momentos de diversión de los protagonistas con toda su *maripandi*, esa excelente compañía que

supone rodearse por unos minutos, quizás horas, por gente sin complejos, por personas que no esperan nada a cambio, solo el respeto y una amistad a prueba de bombas. Quien no haya disfrutado de su *maripandi* se pierde unos de los mejores momentos que nos ofrece, casi con cuentas gotas, esta agetreada vida de urbanita metido a revolucionario de salón, liberal de libro, heterosexual militante y libertador de las cadenas del teatro diario que reivindica que el hombre está por encima de todo, a la vieja usanza renacentista, y ese hombre, como ser humano, lleno de sentimientos, frustraciones, complejos, emociones, es, junto con los demás, parte de nuestra vida, de nuestra soceidad y de nuestra *maripandi*. Me despido de este curso escolar con una estrofa de una de las canciones más divertidas de Amaral: “son mis amigos / en las calles pasábamos las horas / son mis amigos / por encima de todas las cosas”. Feliz verano.

Imagínalo ©

el silencio se carga con notas de sal
acaricia nuestros sentidos junto al resto de sol
descolgándose sobre estos hombros
buscadores de alianzas nuevas
frente a ese horizonte
sin comienzo ni fin –eterno-;

inabarcable trozo de mar
que las manos tocan por encima de sus crestas blancas
alimentando con aires sureños nuestras mentes atrofiadas
por el humo de la modernidad;

liberan de sus cadenas invisibles
arrastrándonos hasta esta orilla fugitiva y encubridora;

nos coloca mantos dorados donde
escondemos pecados irrelevantes
bautizándonos sobre olas santas
redimiendo el cansancio de lo intangible;

plegamos las velas de nuestras camisetas
creándose para la eternidad
nuestra verdadera esencia de ser
nuestra libertad.

© Fernando R. Ortega. 2005

Apunte biobibliográfico



Fernando R. Ortega
Murcia, España, 1969

Licenciado en Derecho por la Universidad de Navarra. Es abogado, empresario y escritor.

Dirige la sección de Derecho de Tráfico y Circulación de www.juridicas.com (Ed. Bosch) y colabora con numerosos medios de comunicación del sector del transporte, logística, marketing, comunicación y NNTT, entre otros. Asimismo es asesor jurídico del programa «El público» de Canal Sur Radio (RTVA), columnista de Marqueze Telecom, Data-Red y es Director de Comunicación de Thursday® y CLCN.

En la revista Viajeros (www.revistaviajeros.com), posee la sección "El pupitre" y dirige Íttakus, Noticiascadadia.com, la editorial GrupoBúho.com y la revista "Comunicando".

Es miembro de Claustro Poético de Jaén donde además forma parte del Consejo de redacción de "Claustro Poético Virtual".

Fue autor seleccionado para la antología "Poéticas desde la postmodernidad" (Editorial Lordbyron. Lima - Perú 2005) y las ediciones 11ª y 12ª de la Antología Poética Hispanoamericana (Editorial Lordbyron. Lima - Perú 2005 y Editorial Lordbyron. Lima - Perú 2006).

Es autor de numerosos poemarios, como "Extractum" (publicado en Badosa.com), "Visiones" (también disponible en Badosa.com), "Galería de pasiones" (publicado en yoescribo.com) o "El álbum de fotos", entre otros.

También es autor de los relatos "Calor" o "La nave", el ensayo "Diez soledades de un ejecutivo" o la novela "La entrevista" publicada y editada por www.publicatuslibros.com